



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Aunque sea de noche, resplandece

Una puerta al cielo y una ventana...
Olga de León G.

Una noche candente de verano, tuve un encuentro con un ángel caído del cielo. Salí de la farmacia con el dolor y la tristeza reflejados en mi rostro, pero esboqué una sonrisa natural y espontánea, al descubrir que una mujer de edad mayor me veía con afecto y empatía, detrás del cristal del copiloto del auto donde permanecía sentada, a la espera de quien manejaba el auto.

Buenas noches, la saludé. Ella bajó el cristal de su ventana y respondió a mi saludo, con otro, acompañado de una pregunta: ¿Por qué esa cara?, como de que le duele algo. Cruzamos algunas palabras, y como la de la voz habla casi como una cotorrta, y se ahorra el pago de un psicólogo compartiendo algunas (no todas) de sus cuitas y congostas cuando trae la lágrima colgando de las pestañas y la falta de aire en la garganta reseca, le conté de mi pena por los males de mi esposo...

Mire, le voy a revelar algo que no es chisme, ni broma, ni una "tomada de pelo" como dicen los jóvenes. Está probado su milagroso efecto —no de un día para otro, sino tras cuatro o más meses de tomarlo—. Y es muy fácil de preparar: un botecito de miel de medio litro, el del frasco con forma de osito, dos pencas de sábila sin espinas, solo sin las espinas, no le quite la cáscara, muy bien lavadas las corta en pedazos y las pone en el vaso de la licuadora. ¡Ah!, y le añade una copita de mezcal, agua ardiente o tequila blanco y lo guarda en el refrigerador, para darle cuatro cucharadas quince minutos antes de cada comida: el cáncer se le encapsulará y ya no se desarrollará.

Volví a sonreír y le dije: no puedo abstraerme del cansancio y los dolores... además de triste -dije en voz baja-, pero ella me escuchó.

Alégrese, usted puede caminar, yo no; a veces ni con el bastón —lo levanta un poco, para mostrármelo—. Y su tristeza se encapsulará también... ¡ya verá! Pues sí, tiene razón, yo camino, aunque me duelen: la lumbar, la espalda y la cadera, a veces más a veces menos, con medicamento casi siempre.

Sonreí de nuevo y añadí: "Pero, qué bonita señora, es usted". ¿Cuántos años tiene?, si se puede saber. ¡Tengo noventa!, lo dije con un cierto énfasis de orgullo. La felicito, luce usted hermosa. Entonces, ella me pregunta, y cuántos años tiene usted. Tengo setenta y cinco, lo dije con cierta pena, pensando que, con tantos desvelos de diario, en ese momento parecería de unos cinco más. Sí, me respondió; por eso su rostro luce tan joven, sin las arrugas que tiene el mío. Son las señales que le dejaron recordatorios de los caminos andados, que seguro fueron hermosos y felizmente recorridos. Y, además, la belleza de su espíritu se transparenta por la vivacidad de sus ojos y la bondad de sus palabras. Y ella me regaló una sonrisa más.

Pero, no esté usted triste me dijo, haga como le digo y verá pronto muy buenos resultados en su esposo: No se contrapone con ningún medicamento. Me guardé muy bien de no sonreír, solo le di un beso en su mano... Y pensé: "Con el alcohol, imposible dárselo".

Mi auto estaba al lado de donde ella estaba sentada; seguramente esperando a



alguien que estaba aún dentro de la Farmacia. Abrí mi puerta y la escuché decirme: ¿Ya se va? Había dejado mis compras, unos minutos antes en el asiento trasero del lado del piloto; pero mantenía mi bolsa aún conmigo y me pesaba. Así que la arrojé al asiento del copiloto, pero antes saqué mi celular.

Me había preguntado si tenía nietos, solo una, le dije y es una bebida milagro de Dios, por la edad en que mi hija la tuvo. Le mostré una foto, donde están las dos... No ponía fin al gusto por ver a una bebida tan hermosa y una madre plena de felicidad. Sí, "su nietecita es un milagro divino".

En eso, llegó una mujer de cincuenta y algo, se subió al auto, del lado del piloto y con el celular en mano, un tanto acelerada, dijo (a la letra): "ya mamá, tengo que irme". Deme su teléfono, luego le hablará mi mamá...

¡Los ángeles nuca andan solos!

Problemas en la cama
Carlos A. Ponzio de León

Dánae y Octavio caminaron tomados de la mano, cruzaron el estacionamiento techado hasta la entrada norte en el segundo piso. El calor de cuarenta grados se transformó en una lluvia fresca, como de copos de nieve derretidos en el aire, justo cuando pisaron el interior del centro comercial. El aroma a té blanco y vainilla penetró en sus memorias, trayéndoles

recuerdos de infancia: el agua de manguera en los veranos, el sabor de las sandías y melones y el zumbido de las abejas en sus panales pegados a los techos de las cocheras. La joven pareja de novios caminó rodeando el ala oeste, pasando por las tiendas de ropa: miraron, únicamente de reojo y descuidadamente: los aparadores iluminados por luces blancas: con jeans, trajes de baño para la playa y bolsos para dama. Pero no se detuvieron ni un instante. Iban por una sola cosa y no la encontrarían sino en la tienda de mascotas.

Cruzaron el área de comidas rápidas, de cines y la tienda de discos. Al final del pasillo encontraron Chongú-Landia: un área de cuatrocientos metros cuadrados con cajas transportadoras para perros y gatos; bolsas de croquetas de diez kilogramos; pelotas, carnazas y otros juguetes; jaulas para periquitos, canarios y cotorras; peceras y peces como el pez guppy, el tetra neón y el molly negro. Al fondo se situaba el área de Grooming para perros: un cuarto donde, a los canes, se les bañaba con champú natural, se les secaba con secadora eléctrica, recibían quince minutos de cepillado, además de la limpieza de oídos, corte de uñas, su fragancia y un corte de pelo personalizado.

Dánae y Octavio se acercaron a la tienda y sintieron una ventisca de aire frío al cruzar la entrada. Divisaron un

vendedor en el primer pasillo: una joven en los veinte, como ellos, quien vestía overol verde fosforescente y cachucha naranja. Ella los encaminó unos pasos hasta quedar de frente al pasillo buscado. Les indicó el resto del camino haciendo movimientos con el brazo. La pareja se tomó nuevamente de la mano con un beso suave entre los labios y siguieron adelante, observando los letreros colgando del techo.

Dánae y Octavio se habían conocido once años antes, en la secundaria. Aunque fueron novios seis años después, en la carrera. Ella perdió la virginidad en bachillerato, con su primer novio. Cortaron, en parte, porque aquel no era bueno en las cosas de la escuela. Sus padres lo pusieron a trabajar en un taller mecánico. Entonces, aquel joven le pidió a Dánae que también dejara los estudios y se pusiera a trabajar, para rentar un departamento dónde vivir juntos. Él le hablaba de las vacantes de las que leía en los periódicos. Dánae siempre se negó, hasta que se cansó y lo dejó; soñaba con ser arquitecta.

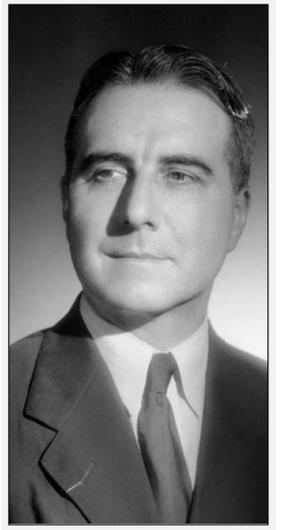
Octavio siempre había estado enamorado de Dánae, pero él nunca había sido la primera opción para ella. Hasta que se reencontraron en la carrera. Fueron novios desde el tercer semestre. Octavio perdió la virginidad con ella. Ahora hacían planes para la boda.

Pero cada vez que Octavio se emborrachaba con sus amigos hasta tarde, le enviaba a Dánae mensajes de texto reclamándole: que hubiese perdido la virginidad con alguien más... y no con él.

El último evento había ocurrido tres días antes. Para disculparse, Octavio seguía el procedimiento de siempre. Los mensajes de texto pidiendo perdón durante todo el día, sin que ella los respondiera. La llamada larga por la noche. El trabajo de secar lágrimas al día siguiente y la promesa de que aquello, nunca más sucedería. Finalmente, venía la invitación a la comida en un restaurante y ahí, con el postre, había surgido la novedad: A Dánae se le había antojado tener como mascota: un gallo de pelea. Octavio pagó la cuenta y subió a Dánae en su auto para luego llevarla a la tienda de mascotas en el centro comercial.

Dánae y Octavio llegaron al área de aves. Preguntaron por el gallo. ¿Americano, Asil o Yuye? Pidieron explicación. El vendedor comenzó una larga y tendida charla sobre los orígenes, musculatura, bravura, altura y demás características de cada raza. "Pero si lo que quieren es que tenga pollos que desde jóvenes sean belicosos y realmente hostiles", concluyó el vendedor, "les recomiendo el Yuye". Octavio se animó. Dánae se quedó pensando. ¿Realmente necesitaba el mundo animales violentos?, ¿no tenía ella ya suficiente con los reclamos personales de Octavio?, ¿lo quería para pelear?, ¿y si un día, el gallo la atacaba con violentos picotazos?

Entonces, Dánae comprendió. Había pensado en el gallo para tener quién la defendiera de los reclamos de su pareja. Guardó silencio durante varios segundos, hasta que los segundos picotearon el corazón de Octavio. El vendedor se le quedó mirando. "Ya no quiero al gallo", dijo Dánae girando ciento ochenta grados para dirigirse, ella sola hasta la puerta.



Julien Green

Julien Hartridge Green, o Julien Green (París, 6 de septiembre de 1900-id., 13 de agosto de 1998), fue un escritor estadounidense autor de una vasta obra novelística —en la que destacan títulos como *Léviathan*, *Moira* y *Chaque homme dans sa nuit* [Cada hombre en su noche]— y unos extensos *Diarios* (que abarcan desde 1926 hasta 1976). Converso al catolicismo, escribió principalmente en francés y llegó a pertenecer a la *Académie française*, pero rehusó nacionalizarse francés.

Julien Green nació de padres estadounidenses en París, descendiendo por el lado materno de un senador confederado, Julian Hartridge (1829-1879), quien más tarde sirvió como representante demócrata de Georgia en el Congreso estadounidense, y quien dio su nombre a Julien Green.

Nacido en el seno de una familia protestante, se convirtió al catolicismo en 1916.3 Estudió en el *Lycée Janson de Sailly* de París. A los dieciséis, prestó servicio voluntario en ambulancia en el *American Field Service*. Cuando se descubrió su edad su alistamiento fue anulado. Inmediatamente firmó con una unidad de ambulancia de la Cruz Roja estadounidense,4 y cuando su servicio semestral acabó en 1918, se alistó en el ejército francés, en el que sirvió como segundo teniente de artillería hasta 1919.

Green regresó a Francia nada más acabada la Segunda Guerra Mundial. Un devoto católico, la mayor parte de sus libros se centran en las ideas de la fe y la religión así como la hipocresía.1 Varios de sus libros se referían a los estados del Sur, y él se identificó fuertemente con el destino de la Confederación, caracterizándose a sí mismo, a lo largo de su vida, como un «sudista».

En Francia, tanto en vida como en la actualidad, la fama de Julien Green se basa principalmente no en sus novelas, sino en sus diarios, publicados en diez volúmenes, que abarcan los años 1926-1976. Estos volúmenes leídos ávidamente y bien conocidos proporcionan una crónica de su vida literaria y religiosa, y una ventana única a la escena artística y literaria en París a lo largo de medio siglo. El estilo de Green, austero y que emplea con gran efecto el *passé simple*, un tiempo literario casi abandonado por muchos de sus contemporáneos franceses, encontró el favor de la *Académie Française*, un hecho mencionado en su elección para tan augusto cuerpo. Green dimitió de la *Académie* poco antes de su muerte, citando su herencia y lealtades estadounidenses.

Hasta ahora, tres de sus libros se han hecho película: *Léviathan* (1962), para la que él mismo escribió el guion, es la más famosa. *Adrienne Mesurat* (1953) y *La Dame de pique* (1965) son las otras dos.

Green fue el primer nacional no francés en ser elegido para la *Académie française*. Convenientemente, sucedió a François Mauriac, asumiendo la silla número 22 el 3 de junio de 1971.

El presidente Georges Pompidou le ofreció la ciudadanía francesa en 1972 después de la elección de Green para la *Académie*, pero —leal al espíritu patriótico «sudista» que su madre le inspiró— Green lo rechazó.

Murió en París y fue enterrado en la iglesia parroquial de Klagenfurt (Austria).

ad *pédem literae*

A veces uno se horroriza de descubrirse a sí mismo en otro

Julien Green

Letras de buen humor

El problema de ser pobre es que te ocupa todo el tiempo

Willem de Kooning

Mónica Lavín

Releer Jazz

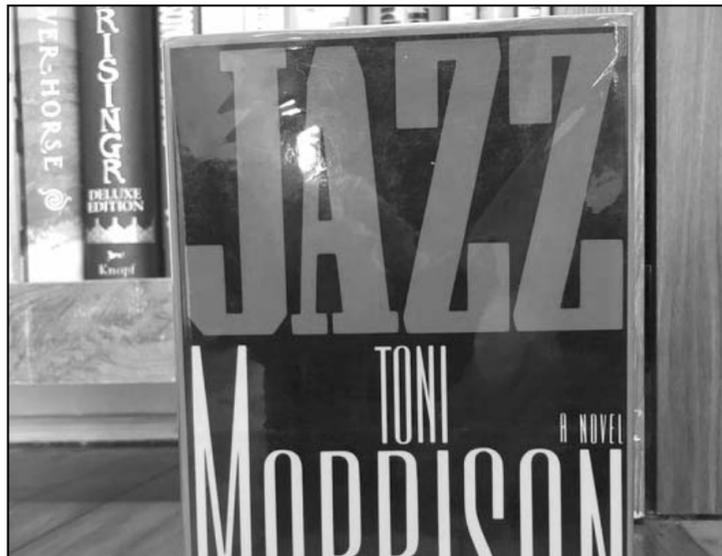
En 1926, Bessie Smith escribió la canción que estrenó "Young Lady Blues". La era del jazz encendía algunas ciudades. La comunidad afroamericana había encontrado una expresión musical fulgurante, nacida del blues, donde lo colectivo de la composición instrumental se contrapunteaba con los momentos de los solos; partían de un tema y serpenteaban improvisando mientras daban cuenta de un estilo personal y volvían al tema para ceder la voz al siguiente instrumento. Aliento, cuerda, percusión. En ese mismo año Toni Morrison sitúa su novela *Jazz*. Se tenía que llamar así.

La había leído y me había cautivado esa historia del amor trágico que involucra al matrimonio de Violet con Joe y a la joven amante Dorcas. Situada en Harlem, en la calle Lenox, donde conviven distintos comercios con los espacios musicales a ras de suelo, los floor shows, con los *speakeasy* de la época. La Ciudad (con mayúscula aparece en el texto) teje los destinos de los personajes, los lleva por la cuadrícula de las calles, afirma la narradora como un coro griego que opina, que sentencia que va dando la oportunidad a cada personaje de relatar los hechos. Si la primera lectura me había embriagado con una musicalidad seductora, envolvente, imparable, la relectura avivó mi admiración por la intención de la autora que ha dicho que quería que la novela no sólo tuviera la invención, la

improvisación y el movimiento del jazz sino que la novela fuera eso. Un verdadero Tour de force para la escritura que se le ocurrió por una nota roja. Si la primera lectura puede ser un tanto ingenua porque la autora no hace evidentes las costuras de su empresa, la segunda lectura nos descubre las decisiones de Morrison (y la tercera nos dará otras sorpresas). Esa forma en que la voz que comienza con una primera persona acercándonos al tema, revelándonos desde las primeras líneas como Violet llega a acuchillar el rostro de la difunta, a quien mató su marido, en pleno funeral, luego se alejará para revelarnos que los edificios de Harlem cobijan pasiones, chismorreo, soledades o hasta pájaros en jaula, que Violet deja escapar cuando se entera de ese amorío que se da cita en el departamento de su mismo edificio y que ella, mujer que alacia o peina cabezas, no ha podido olfatear. Y es que cómo Joe pueda amar a una mujer que casi no habla.

Cada uno de los personajes involucrados revela su parte, su dolor, su desgarró y lo hace a su manera.

Si uno lee la novela en inglés y luego se asoma a la traducción en español, se da cuenta que el habla con incorrecciones gramaticales, con modismos, con vocales abiertas de la versión original no produce el mismo efecto en español. Y si uno tiene la oportunidad en estos tiempos de escuchar la novela narrada por la propia autora, uno



se deleita con las inflexiones, con la manera de estirar la descripción de las emociones con metáforas tan ligadas al origen de los personajes, al color de piel, el servilismo del que se han emancipado, a la pobreza del sur rural de donde han huido para cambiar su destino en la vibrante ciudad.

La pérdida amorosa es tema recurrente en el blues, Toni Morrison nos imbuje en ese amor trágico con la espontaneidad del jazz, su energía de asfalto y noche iluminada. Logra que su optimismo rebase la tragedia y conforma una experiencia lectora sin-

gular. Una lee, oye, vive Jazz. No resisto leer sin la punta del lápiz, es como si con la traza del grafito tendiera una línea hacia la autora, una forma de aplauso frente a las frases, una admiración —casi conversación— frente a la primera escritora afroamericana que ganara un Nobel. No es lectura fácil, pero escuchar jazz tampoco. No a todo el mundo le gusta, pero al que le gusta, se vuelve un sediento de esa forma musical tan libre, donde el saxo, el bajo, la batería y el piano tienen la libertad de ser, juntos y por sí solos.

Como los personajes de esta novela.